

Héctor Velázquez Fernández

¿QUÉ ES
EL TRANSHUMANISMO?



SENDEROS



Biblioteca de Conceptos
Fundamentales

3

Director:

Juan Arana

© Héctor Velázquez Fernández

© Editorial Senderos (2021)

ISBN: 978-84-122414-7-1

DL: SE-1.557-2021

PRODUCCIÓN EDITORIAL: Los Papeles del Sitio

DISEÑO DE CUBIERTA: Laura Anaya

EDITORIAL SENDEROS

C/ Poeta Manuel Benítez Carrasco - Bloque 6 - Local 7

41013-Sevilla (ESPAÑA)

[Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización]

A
LUCY, HÉCTOR Y JOSÉ PABLO,
DE QUIENES APRENDO
CÓMO AMAR Y VIVIR
LA HUMANIDAD.

ÍNDICE

<i>INTRODUCCIÓN: TRANSHUMANISMO, FUTURO HUMANO Y SOCIEDAD TECNOLÓGICA</i>	II
---	----

PRIMERA PARTE UNA COSMOVISIÓN AMPLIAMENTE DIFUNDIDA

<i>CAPÍTULO I: ¿QUÉ ES EL TRANSHUMANISMO?</i>	25
<i>CAPÍTULO II: EL ORIGEN DE UN CONCEPTO</i>	33
<i>CAPÍTULO III: EL TRANSHUMANISMO Y SUS VARIANTES</i>	35
<i>CAPÍTULO IV: EL TRANSHUMANISMO ENTRE LOS HUMANISMOS</i>	49
<i>CAPÍTULO V: LA BÚSQUEDA TRANSHUMANISTA DE LA PERFECCIÓN</i>	61
1. La perfección como un proceso	62
2. El posthumanismo como el estado final de perfección	64
<i>CAPÍTULO VI: QUÉ, CÓMO Y CUÁNTO MODIFICAR: LA MEJORA TRANSHUMANA COMO OBLIGACIÓN MORAL</i>	67
1. Mejoramiento cognitivo	71
2. Mejoramiento conductual	74
3. Hacia la inmortalidad	78
<i>CAPÍTULO VII: ALGUNAS CONQUISTAS TRANSHUMANAS</i>	83
<i>CAPÍTULO VIII: DESAFÍOS PENDIENTES</i>	85
<i>CAPÍTULO IX, CONCLUSIÓN: DE MOVIMIENTO CULTURAL O COSMOVISIÓN</i>	89

SEGUNDA PARTE
 DISCUSIONES ABIERTAS EN TORNO
 AL TRANSHUMANISMO

<i>CAPÍTULO I: EL DEBATE SOBRE LAS BIOTECNOLOGÍAS . . .</i>	97
<i>CAPÍTULO II: QUÉ ENTENDER HOY POR NATURALEZA HUMANA</i>	101
1. Naturaleza humana en sentido no esencialista	105
2. Naturaleza humana <i>versus</i> transhumanismo: ¿obstinación o pertinencia?	108
3. Naturaleza humana y sociedad tecnológica	120
<i>CAPÍTULO III: PERFECCIONAMIENTO VERSUS MEJORA: UN EQUIVOCO TRANSHUMANISTA</i>	125
<i>CAPÍTULO IV: TRANSHUMANISMO, IDENTIDAD Y ACCIÓN HUMANA</i>	135
<i>CAPÍTULO V: OTROS DESAFÍOS INTELECTUALES DEL TRANSHUMANISMO</i>	139
<i>CAPÍTULO VI: ¿QUÉ HACER CON EL DOLOR HUMANO? . . .</i>	141
<i>CAPÍTULO VII: INTELIGENCIA ARTIFICIAL: DE LA BIOMÍMESIS COMPUTACIONAL AL POSTHUMANISMO . . .</i>	147
1. Qué tan natural, qué tan artificial	148
2. Las esferas de la Inteligencia Artificial	149
3. Razonar <i>versus</i> entender	157
4. Inteligencia artificial e imitación de lo natural	160
5. ¿Qué tan natural puede pretender llegar a ser la Inteligencia Artificial?	161
<i>CAPÍTULO VIII: NUEVOS RETOS BIOÉTICOS EN EL CONTEXTO DEL TRANSHUMANISMO</i>	165
<i>CAPÍTULO IX: NEURODERECHOS. ANTICIPARSE A LOS RIESGOS DEL TRANSHUMANISMO</i>	183
<i>CAPÍTULO X. CONCLUSIÓN: NATURALEZA, IDENTIDAD, TRANSHUMANISMO</i>	191
<i>BIBLIOGRAFÍA COMENTADA</i>	195
<i>BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA</i>	199

INTRODUCCIÓN:
TRANSHUMANISMO, FUTURO HUMANO
Y SOCIEDAD TECNOLÓGICA

LA evolución convirtió a la vida en un sistema absolutamente eficiente y sin desperdicio en el que no hay tiempo ni condiciones para desaprovechar el entorno, con tal de garantizar los dos únicos canales para la supervivencia: alimentación y reproducción. El viviente es una compleja combinación de programación genética, intercambio adaptativo con el ambiente, reconversión epigenética y exitosas mutaciones azarosas; donde cada uno de ellos cuenta con las condiciones eficaces que le permiten mantenerse existiendo. Eso explica que las bacterias tengan cilios, los elefantes trompa y las jirafas largos cuellos, sin que ninguno eche de menos los recursos del otro, porque cada uno posee lo que necesita para luchar por su supervivencia en el nicho ecológico que le tocó habitar.

La pertenencia a una especie provee de coordenadas existenciales a un ser vivo: le marca dónde habitar, de qué alimentarse, cómo, cuándo y con quién reproducirse para garantizar la propagación y la continuidad de la existencia.

Sin embargo, este cuadro presenta importantes matices cuando se trata del ser humano. Como especie, posemos una serie de condiciones genéticas, epigenéticas y estructurales de las que dependemos para sobrevivir; pero en nuestro caso la aparición de la técnica a partir de nuestros ancestros *homo habilis* (hace más de millón y me-

dio de años), disminuyó protagonismo al mecanismo de adaptación al medio del que dependen el resto de los seres vivos.

No nos adaptamos al medio, sino que adaptamos el medio a nosotros mismos: no desarrollamos garras, grueso pelaje o grandes fauces, porque contamos con las herramientas para cazar, desollar y trocear un animal para protegernos del frío y alimentarnos con él. Esto implica que al no estar configurados como especie por la interacción con el entorno, nuestras capacidades no tienen un objetivo único, concreto y determinado hacia el cual dirigir su ejercicio.

El hecho de que el ser humano adapte el medio a sí mismo le aporta tal independencia de construcción de entornos que, como consecuencia, se puede decir que no posee nicho ecológico propio: lo mismo podemos vivir en un ecosistema que en otro, sobrevivir en la Tierra o proyectar nuestra existencia en bases lunares o marcianas; montar una estación espacial y anidar en ella o explorar las profundidades del mar, los misterios de la selva, los desiertos o la tundra. No estar finalizados por la especie es la primera condición de posibilidad para esa transformación de nuestro entorno que conocemos como técnica, primero; y como tecnología, después.

Reiteremos esta idea: para que surgiera la técnica entre la especie humana, fue fundamental no estar finalizado por la especie, porque ninguna estructura o configuración material de los entornos en los que nos encontramos es definitiva; no solo porque al estar circunscrita a límites dimensionales la materialidad siempre puede presentarse con variaciones (lo pequeño puede hacerse grande, lo grande reducirse, lo ancho angostarse o lo angosto ensancharse), sino porque toda materialidad está irremedia-

blemente condicionada por la temporalidad y el cambio. Hoy sabemos que la realidad material ha ido apareciendo en nuestro cosmos paulatinamente como un proceso evolutivo desde el *big bang*; así que, si ninguna configuración de lo natural es definitiva, queda a merced de la inventiva humana encontrarle nuevas potencialidades a lo que tenemos enfrente. En resumen, al no estar finalizados por la especie, nuestra vida transcurre entre entornos modificables.

El ser humano aprendió en ese entorno abierto cómo realizar actividades transformadoras para solventar problemas inmediatos mediante *la técnica*: un saber hacer acompañado precisamente de un saber encontrar nuevas potencialidades en los objetos que la naturaleza nos presenta.

Pero el humano pronto dio un paso más: *la tecnología* y su vocación para fabricar instrumentos con instrumentos, hallar nuevas potencialidades en lo natural, con efectos sostenibles en el tiempo, y no solamente para soluciones inmediatas. La técnica pertenece al *cómo hacer* y la tecnología al *por qué*.

Hace un siglo los futuristas de entonces imaginaban un mundo muy diferente del que hemos desarrollado hasta ahora. Nuestros cielos no están llenos de autos voladores ni hemos construido enormes urbes submarinas, como ellos fantaseaban; pero sí desarrollamos la electrónica y la digitalización de la información, la carrera espacial y la telecomunicación en todas sus variantes.

La sociedad tecnológica en la que vivimos es todo un ámbito de necesidades humanas a solventar a partir de insumos técnicos de aplicación y proyecciones escalares. Por ello la alimentación, el vestido, el transporte, la comunicación, la recreación, el trabajo, la educación, son

todos ellos muestra de un desarrollo tecnológico que no aparece agotar sus variantes o inventiva.

La humanidad se ha avenido muy pronto y bien a la paulatina incursión de los robots en el mundo laboral de la manufactura, y pronto habrá de hacerlo en el del mando y gobierno de empleados y toma de decisiones gerenciales y de gobierno; ha aprendido cómo aprovechar los recursos de la impresión 3D; ha descubierto la utilidad del *blockchain* y las monedas digitales; la criptografía cuántica, la medicina de precisión o el cultivo de órganos humanos en animales. Y muy pronto se normalizará la edición genética mediante la técnica CRISPR, o se aplicarán los macrodatos en la gestión de las poblaciones; o veremos el aprendizaje ético de los sistemas expertos de inteligencia artificial.

De la primera modernidad, muy de corte lineal y fincada en la producción industrial, la sociedad tecnológica de hoy se volvió paradójicamente una *sociedad del riesgo global*. En un inicio las sociedades premodernas se sentían amenazadas por fuerzas externas (naturales, sobrenaturales o imprevisibles), no obstante haber tomado sobre sus hombros la exploración de la naturaleza, el desarrollo de las ciudades y la creación de la identidad ciudadana. Pero con el tiempo esas sociedades se tornaron de riesgo, con amenazas internas derivadas de su propia constitución: factores tecnoeconómicos, intervenciones tecnocientíficas, donde no cabe ni la certeza ni la evaluación inmediata. Sociedades donde la mejor planeación implica estar listo para el cambio y la adaptación, no para la permanencia y la estabilidad.

Y entre riesgo y creatividad, un componente inconfundible de la actual sociedad tecnológica en la que vivimos es su consideración hacia el futuro. Cuando habla-

mos de futuro es común visualizar un estado de cosas por delante de nuestra temporalidad, cuya presencia nos aguarda a que lleguemos a ella, al modo de una meta que alcanzar. Esta manera de concebir lo que ha de acontecer estimula la idea de que el futuro guarda cierta preexistencia a nuestra presencia actual. Como si estuviera a nuestra espera. Por eso se le visualiza hacia delante.

Pero cuando hablamos de sociedad tecnológica, esta idea de futuro que aguarda nuestra llegada toma otra dimensión, pues ya no solo se trata del momento temporal al que habremos de arribar, sino que toma la forma de destino preferencial, casi obligatorio, que *debemos* alcanzar.

Esto ha provocado que el futuro se conceptualice como futuro tecnológico; como escenario supuestamente impostergable que encontrará preparados solo a quienes hayan tomado las precauciones necesarias, mientras que los displicentes serán excluidos de los beneficios de una sociedad tecnológica tal.

Ante una situación así, se han multiplicado los agoreros del progreso lineal y los futurólogos que pretenden decidir las tendencias de los avances tecnológicos, a la manera de un destino manifiesto del que supuestamente solo los expertos conocen la hora y el día de su llegada.

La idea de futuro basado en un tiempo lineal infinito, homogéneo, de constante fluir irreversible en una sola dirección, ha estimulado esta idea de futuro como una misión a conseguir, bajo el principio de que sin progreso no hay mejora. Es la idea de que «solo avanzar es bueno», «el que no avanza retrocede», «estamos hechos para cambiar y evolucionar», etc. De ahí que el futurólogo se arrogue el derecho de decantar lo bueno de lo malo en dependencia de si nos acerca o aleja del futuro que él avizora.

Los gurús del futuro suelen reclamar la prerrogativa de estipular hacia dónde debemos ir. Eso explica la febril necesidad en muchos ambientes de ponerse al día sobre los adelantos tecnológicos que supuestamente debemos desarrollar, emular o adquirir si es que deseamos tener un lugar asegurado en el futuro tecnológico de mañana.

En buena medida este es el carácter con que se ha arropado el transhumanismo desde su fundación. Pugna por la necesaria transformación radical del ser humano a partir de las tecnologías emergentes como una obligación irrenunciable e indiscutible para las generaciones venideras. Sus creadores y divulgadores le han revestido de tal necesidad que lo han transformado en una suerte de responsabilidad moral compartida supuestamente por todos nosotros, para acelerar la transformación del ser humano actual en uno que ya no tuviera la vulnerabilidad como condición, y sí la mejora como distintivo.

Pero futuro no necesariamente significa un estado que nos aguarda allá a lo lejos en el espacio y el tiempo; porque en realidad —y sobra decirlo— el futuro no está en ninguna parte, ni se le puede entresacar de una bola de cristal mediante artilugios de ninguna índole, por la sencilla razón de que no existe.

El futuro hay que hacerlo, actualizarlo, producirlo; no es más que el fruto de cada una de nuestras acciones. Quizá por eso algunas culturas andinas visualizan el futuro como si estuviera a nuestras espaldas y el pasado por delante de nosotros; porque lo pasado es lo único que conocemos bien: quiénes hemos sido, qué ha ocurrido para que estemos hoy aquí, qué es lo que hemos realizado, acertado y corregido.

Desde este otro punto de vista, el futuro nos es tan desconocido como lo que ocurre detrás de nosotros. Pro-

poner que el pasado se halla hacia delante y el futuro a nuestras espaldas es una sugerente manera de contradecir el modo como nos representamos el tiempo pasado, siempre detrás de nosotros como si nunca más influyera, y como si habiendo desaparecido terminara su incidencia. Y como si lo futuro fuera aún más real que nuestro propio presente y por ello debiéramos tenerlo por delante como inexorable.

Así que el advenimiento futuro de un ser transhumano modificado por la tecnología no parece que deba ocurrir como parte de un destino manifiesto.

Hace un poco más de veinte años tuve la oportunidad de asistir al *workshop* que sobre trans y posthumanismo organizó el *Ian Ramsey Centre* de la Universidad de Oxford, como parte del *2002 Science and Religion Award* que recibí aquel año por parte del CTNS de Berkeley, CA. Era la primera vez que oía yo hablar del movimiento transhumanista, de sus presupuestos y de sus proyecciones. En aquella ocasión escuché directamente nada menos que de Nick Bostrom las tesis de fondo del transhumanismo que dejaron en mí una mezcla de sorpresa, acongojo y perplejidad: el futuro que nos espera, se decía ahí, radica en acelerar la evolución mediante las tecnologías emergentes, rehacer el concepto de naturaleza humana para eliminar de ella anquilosados rasgos esencialistas, y garantizar una investigación sin cortapisas bioéticas que permitan avanzar hacia un futuro posthumano, de seres inteligentes que hayan trascendido la precariedad con que nos acostumbramos a vivir como humanos.

De regreso a México, después de aquel *workshop*, me di a la tarea de publicar para la universidad en la que entonces trabajaba un par de opúsculos con el análisis de las

tesis transhumanistas que había yo escuchado en Oxford. Aquellos textos fueron de los primeros que se publicaban en castellano sobre ese tema, aunque como trabajos más bien académico su divulgación fue corta y su impacto muy discreto. Con los años el transhumanismo saltaría sin pudor a los congresos, *journals*, proyectos de investigación y hasta programas de gobierno a lo largo y ancho del planeta.

El mundo que nos ha tocado vivir es un maremágnum de revisión crítica acerca de nuestra manera de habitar, producir, organizarnos, convivir o consumir. Todo lo que hemos construido como realidad se encuentra en constante escrutinio por parte de la prensa y la academia, el ciudadano común y los líderes del planeta, las redes sociales y los telediaros; en un entorno donde queda la sensación de que nada es definitivo, todo es revisable y no existen realidades perennes o valores inmutables.

El transhumanismo aglutina todas esas inconformidades y las remite a nuestras limitantes físicas, cognitivas y conductuales, para dar pie, junto a un profundo optimismo biotecnológico, al movimiento cultural, filosófico e ideológico-científico en que se ha convertido hoy.

Es quizá la confianza en el progreso exponencial de la ciencia y la tecnología lo único que hoy en día se sustrae a la dinámica revisionista y escéptica global. A la ciencia y la tecnología se le confía hoy ciegamente la solución de los problemas que más distraen la serenidad mundial: el cambio climático, la escasez alimentaria o la solución de las pandemias. Y el transhumanismo ha sabido abreviar de esa confianza para traducirla en una propuesta cultural, artística, científica, filosófica, y hasta religiosa de amplio espectro que defiende la idea de que el desarro-

llo tecnológico es un vehículo irrenunciable para modificar y mejorar al ser humano a niveles que jamás habíamos soñado.

En este libro se ofrece una breve introducción a los postulados, contexto y proyecciones del transhumanismo como un primer acercamiento para quien desea realizar una posterior inmersión más especializada en los muchos y muy buenos textos que hoy se pueden leer sobre esta materia en diversos idiomas. No pretendemos aumentar con este libro el ingente listado de obras que sobre la temática transhumana aparecen cada año, con uno más sobre este tema; sino aportar por un lado un resumen ideológica y filosóficamente contextualizado de la propuesta transhumanista, y visualizar en un segundo momento diversos temas colaterales impactados o detonados a partir del pensamiento transhumano: la existencia de la naturaleza humana, el papel de la identidad y la individualidad con ocasión de los vaciados de cerebro en megacomputadores, los nuevos desafíos de la bioética y el bioderecho, el papel del dolor como componente de nuestra humanidad, entre otros.

La intención de este libro es poner en la mesa algunas reflexiones necesarias para poder evaluar críticamente la pertinencia, límites y alcances de las principales tesis del proyecto transhumano en un momento en el que la pandemia que hemos vivido como humanidad nos ha hecho replantear severamente las prioridades de una sociedad que anhelaba un futuro transhumano que trasciedera las condiciones actuales de nuestra precariedad natural, y que hoy solo anhela volver al principio, sentir compasión, disfrutar la empatía, abrazar la compañía y volver a ver un rostro, fundir un abrazo, acompañar un hogar. Si bien el covid19 difícilmente exterminará los

millones de personas que se han perdido en otras pandemias, la combinación de confinamiento, introspección y dolor junto con sociabilidad tecnológica ha catalizado un clima revisionista, de reflexión, que redimensione hacia donde supuestamente debíamos transitar en la sociedad tecnológica; y nos lleve a pensar más bien qué de lo importante estábamos dejando en esa ecuación previa a la pandemia.

Lo que nos depare la sociedad tecnológica en una época de cambios futuros será, finalmente, fruto de cada una de nuestras decisiones. No hay futuros deterministas ni destinos irrenunciables; existirán los caminos que hayamos de formar con nuestros criterios, elecciones, apuestas, errores y reconsideraciones prudenciales. Más vale que estemos ocupados desde este presente a forjar esos criterios que nos permitan decidir qué rutas tecnológicas elegir efectivamente y cuáles dejar en modo de prototipo.

Este libro busca aportar algunas reflexiones que nos permitan no tanto acertar en las respuestas sino afinar atinadamente cada vez más nuestras preguntas; que es una de las más altas aspiraciones del ejercicio filosófico. Y con ello, abonar alguna herramienta para encausar mejor nuestra interacción humana en el contexto de la sociedad tecnológica que hoy sueña con trascender lo que somos para darle prioridad a lo que podríamos llegar a ser.

Para la elaboración de este libro he tenido en cuenta diversos materiales previamente publicados en diferentes revistas, libros y compilaciones, que he reelaborado y puesto en conjunto con otras reflexiones inéditas que sobre el transhumanismo he ido trabajando a lo largo de dos décadas y particularmente en los últimos años como parte del *grant* de investigación otorgado por el centro

Scholarship & Christianity in Oxford, durante los veranos de 2018 y 2019.

Quiero expresar mi profunda gratitud a la editorial Senderos por la oportunidad de publicar este libro, y al profesor Juan Arana por su interés e incansable apoyo para que estas reflexiones vieran finalmente la luz.

HÉCTOR VELÁZQUEZ FERNÁNDEZ
Santiago de Chile, junio de 2021